

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 797 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 10 DE AGOSTO DE 1907

NUM. 29



LA ESPADA DE HILDEBRANDO

CONTINUACION

A sí pensando, alejose del sitio por donde había entrado, buscando á tientas el camino, hasta que vislumbró no lejos de él un débil rayo de luz que se filtraba por la pared. Sin detenerse á pensar de dónde venía, si-

guó adelante, y pronto se encontró ante una larguísima escalera.

El conde no vaciló en descender por ella, notando que la claridad aumentaba á medida que iba bajando. Al llegar al final encontró una ancha



Gente Menuda

ventana, que más bien parecía hendidura natural de la roca, y asomándose por ella, contempló con asombro á la luz de la luna los techos y las torres de la ciudad de Erlstein.

El asombro de Rodolfo no reconocía límites. ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era aquél?

El castillo, sus inmensos patios, sus frondosos parques, así como sus fosos profundos le eran conocidos, pero aquella roca, aquella inaccesible roca sólo la había visto á gran distancia y sin la menor idea de que abriese una entrada secreta al castillo.

La peña era escarpada, y por lo tanto, la bajada muy peligrosa. Sin embargo, aquello era la libertad para él y no vaciló en saltar por la ventana y emprender el peligroso camino agarrándose á las raíces y á los troncos de los árboles.

Después de un penoso descenso logró llegar á la meseta, y allí se sentó para descansar y orientarse sobre el terreno.

A pocos pasos de él se elevaba una densa humareda, que llamó su atención. El humo salía por un agujero abierto en la vertiente de la montaña, que sin duda procedía de alguna habitación construída allí entre las rocas, y le pareció oír el sonido de dos voces, que llegaba á intervalos á sus oídos.

Se hallaba en los dominios de su abuelo, que él consideraba como suyos, en los cuales tenía toda clase de derechos. Probablemente se trataría de algún criado ó de algún guarda que viviría allí, pero lo apartado que se hallaba del castillo le hizo temer por un momento que una pandilla de ladrones hubiera tomado aquel lugar por guarida.

Sin embargo, después de las horas de angustiosa soledad que había pasado, aquellas voces humanas le atraían, llenábanle de alegría, y cediendo á su natural, valiente y decidido, se dirigió á la entrada de la cueva y pegó un golpe en la puerta.

—Alguien ha llamado, abuelo—dijo una voz fresca y juvenil en el interior.

—No puede ser, hija mía—repuso el viejo,—no tenemos visitas; hace muchos años que ningún extranjero ha pisado este lugar. Es una ilusión tuya.

Al escuchar estas palabras, Rodolfo llamó por segunda vez con más fuerza. El viejo se levantó al oír este segundo golpe, y abrió la puerta.

—¿Quién es el que viene á estas horas á nuestra tranquila morada?

—He perdido mi camino, buen hombre—dijo el joven,—y vengo en busca de ayuda y guía para volver al castillo.

El anciano se sobrecogió al reconocer á Rodolfo.

—Seáis bien venido, joven conde de Erlstein, á mi pobre choza. Nunca pensé que uno de vuestra casa vendría á visitar á su humilde servidor en tan pobre lugar.

—Me extraña que siendo uno de los viejos servidores del castillo no os haya visto nunca ni hayáis venido hoy á felicitar me con todos por mi cumpleaños; á estas horas estaríais participando del festín y del regocijo general—dijo Rodolfo,—y decidme—añadió volviéndose á la niña, que no había separado sus hermosos ojos azules del lujoso traje de terciopelo rojo del conde,—¿quién es ésta?

—Mi nieta Guillermina, señor conde—replicó el viejo.—En cuanto á mí—añadió tristemente—tuve un nombre que ha sido olvidado—y pasando su temblorosa mano por la frente, como para alejar penosos recuerdos, añadió inclinándose respetuosamente:—¿Perdonadme, señor, si me atrevo á preguntaros cuál es el motivo que os tiene á estas horas fuera del castillo.

—¡Ah!, me ha ocurrido una aventura muy extraña que os contaré si me permitis sentarme cerca del fuego para calentarme, pues estoy helado.

El viejo servidor se apresuró á ofrecer á Rodolfo el único sillón que había en la estancia, sentándose él



AKO

Gente Menuda

al lado de su nieta á respetuosa distancia del conde.

Extraño contraste ofrecían á los ojos de éste las dos figuras: la del viejo encorvada por el peso de los años, con su larga barba blanca y su frente surcada de profundas arrugas, que denotaban grandes pesares; la de la niña, con sus largas trenzas rubias, sus hermosos ojos azules llenos de luz y de alegría, y su fresco y sonrosado semblante, que reflejaba la inocencia y el candor de sus quince años.

Poco tardó Rodolfo en relatar su aventura, que fué oída con verdadero interés por el viejo y la niña, en los que causó profundas y distintas impresiones. Parecíale á Guillermina estar



oyendo la relación de un precioso cuento de hadas, hecha por el mismo héroe, mientras que en el viejo parecía despertar todo un mundo de antiguos recuerdos.

—Señor conde—dijo con voz temblorosa,—vuestro relato me ha

interesado mucho, y si me lo permitís os contaré un cuento para entreteneros.

—Os oiré con mucho gusto—dijo alegremente Rodolfo,—tanto más cuanto que estoy aún cansado y que los cuentos me gustan mucho.

—Hace muchos años—empezó á decir el anciano—vivía en un castillo un gran señor que tenía un hijo á quien idolatraba. Este era joven, hermoso é inteligente, pero voluntarioso en extremo; estaba casado con una noble dama digna en un todo de ser su esposa, no sólo por la rara belleza de su rostro, sino por la dulzura de su carácter y las hermosas prendas de su alma. Cuando un año después de su enlace el cielo se dignó concederles un hijo, la felicidad de aquella familia llegó á su colmo, siendo la única nube que la obscurecía el carácter del hijo, del joven conde, como se le llamaba, siempre indómito y testarudo, rebelde á la más pequeña sujeción.

Un día se empeñó en acometer una loca empresa que su padre, el anciano conde, le prohibió, pero como el joven se obstinaba en su idea desoyendo las órdenes de su padre, éste, haciendo uso de su autoridad, lo encerró en una deshabitada estancia del castillo.

Tenía el conde un mayordomo que había entrado de niño al servicio de su padre y en quien tenía puesta toda su confianza por las repetidas pruebas de fidelidad que le había dado. A este, pues, fué á quien entregó las llaves de la estancia en donde había encerrado á su hijo, ordenándole severamente, bajo pena de ser expulsado del castillo, que no le abriese bajo ningún pretexto. Triste era la misión impuesta al mayordomo teniendo que constituirse en carcelero de su joven señor, á quien había visto nacer y al que profesaba paternal cariño. Pero para él las órdenes del anciano conde eran sagradas, así que por doloroso que le fuera cumplirlas no dudó ni por un momento de hacerlo. *Continuará.*



LOS QUEHACERES DE SARITA

Muy buenos días! ¿Ustedes buenos? Yo bien, tantísimas gracias. ¡Ay qué ganitas tenía de venir ya á echar una charladita con ustedes! ¿Cómo...? ¿Qué...? ¡Ah! ¿Que qué me ha ocurrido? ¡Nada! ¡Una friolera! Que entró el sarampión en *mi* casa y he tenido á mis hijitos malísimos. Lo que es el mayor de los de celuloide, les aseguro que me hizo sufrir muchísimo; yo creí que se me moría. ¡Jesús qué criatura, qué sustos me ha dado...! Que si se le mete dentro... Que si la fiebre es demasiado alta... Que si ahora se queda frío... ¡Vamos, les digo á ustedes que no se vive con estos hijos! El médico, que es el niño de los señores del piso segundo de mi casa, le recetó duchas y quinina y horchata de chufas, ¡pero ni por esas...! Los otros no estuvieron tan malitos, y en cuanto les dí la primera cucharada de quinina y un chocolate con bizcochos se curaron perfectamente. Sólo que me ha ocurrido un contratiempo. La niña, que tenía una melena tan hermosa con sus lazos y todo; se ha quedado pelona; el *médico* dice que es á consecuencia del sarampión, pero mi hermana se ríe y dice que es que se la ha apollado la peluca. ¡Cualquier cosa! ¿Si querrá saber ella más que el *doctor*?

En fin, que con tantos malos ratos yo no me he podido ocupar de mis amigas de GENTE MENUDA, ni de ninguna otra. ¡Sí! ¡Sí! ¡Váyale usted á una madre con tontunas cuando ve que tiene enfermos á sus hijitos, y que uno de ellos está casi dispuesto á morirse! ¡Ay! Es una lástima lo delgadito que se ha quedado; aquellas carnecitas tan preciosas y redondas de celuloide, con sus hoyitos y todo, pues han desaparecido y están más paliditas; pero en fin, ya está convaleciente y yo creo que con leche de burra y jamón en dulce se curará del todo.

Naturalmente, yo ni comía ni dormía y estaba tristísima. Pues asómbrense ustedes de lo que es el egoísmo de las personas: mi hermana, sin hacer ni pizca

Gente Menuda

de caso de mi dolor, empeñada en que la ayudase á hacer unas cortinillas... es decir, medias cortinillas, porque son de esas que no tapan más que cristal y medio, y que tienen dos nombres. El uno es así muy... muy... fino: ¡misterio! El otro es igual que cuando yo llamo á mi gato: *Brise-bise*. ¡Vaya unos nombres raros que ponen á las cosas! Bueno, pues yo afligidísima y ella ríe que ríe y diciéndome:

—¡Anda, monina! Si tus niños están ya fuera de peligro. Ya verás cuando venga esta noche mi novio como entra á verlos y te tranquiliza; ya sabes que estudió un año de Medicina y es un gran doctor!

Y ríe que ríe, y con la tela y las trencillas en la mano. Nada; quieras ó no quieras ¡ponte á trabajar! Y eso hice.

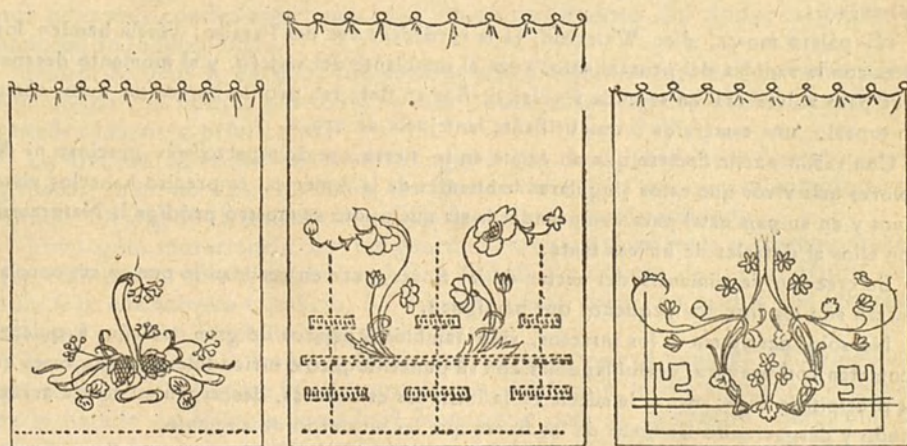
¡Qué remedio tenía! Naturalmente que, como ustedes ya se habrán figurado, yo no hacía nada con tranquilidad; cada diez minutos echaba una carrerita á la alcoba de los enfermitos; los arropaba, los daba la horchata de chufas y volvía á mi sitio. Por fin me propuso mi hermana trasladar nuestra labor al cuarto de juguetes, y acepté muy contenta, porque así cosía y cuidaba de los niños. Pues ¡parece mentira lo que cunde el tiempo algunas veces! A pesar de tanto trastorno se han concluido tres pares de *brise-bise*... ¡no lo puedo decir sin reirme...! al mismo tiempo que se acabó el sarampión, y... ¡ay...! la peluca de mi hijita.

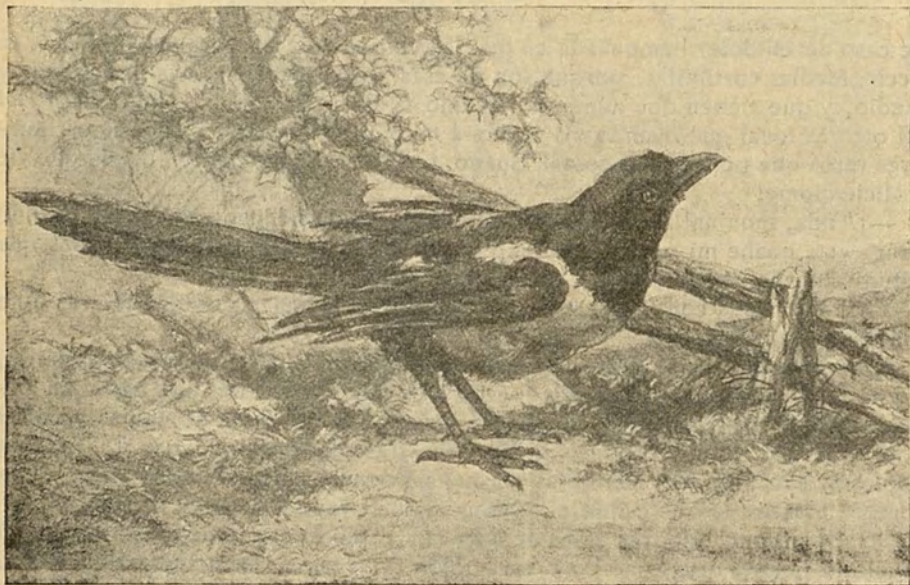
Son de *etamine* ó linón, bordados y calados. No les enseño más que uno de cada clase, porque me figuro que ya pensarán ustedes que los otros tres son iguales. ¡Esto al más tonto se le ocurre!

¡Dios quiera que para otro día se hayan puesto ya buenos del todo mis niños y á mi hijita la haya salido pelo! Yo creo que sí, porque mi *futuro cuñado* me dijo la otra noche riéndose:

—¡Trae, trae á esa peloncita; la llevaré al Bazar á que la den petróleo Gal y verás qué curación más prodigiosa!

MARÍA ATOCHA OSSORJO Y GALLARDO





HISTORIA NATURAL. EL COLIBRI

Este diminuto y precioso animal, que también se llama pájaro mosca, es americano. Su cabecita es del tamaño de un garbanzo; su pico parece una aguja; su lengüecilla, el estambre de una flor. El color de su plumaje es precioso, con tonos y reflejos bellísimos.

«¿Quién no se detendrá mudo de asombro, dice Audubon, al ver uno de esos encantadores seres cortar los aires, sosteniéndose como por encanto, volar de flor en flor, y resplandecer cual otro rayo desprendido del arco iris, brillando como la luz misma?»

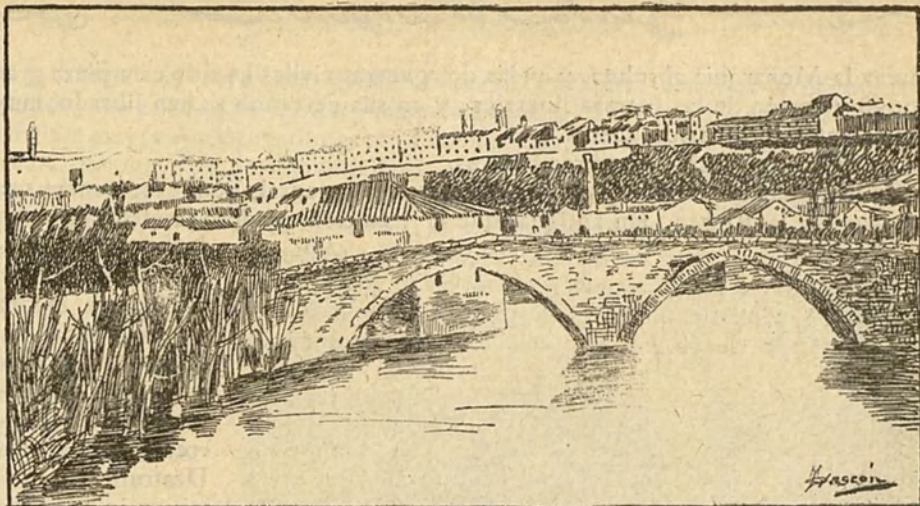
«El pájaro mosca, dice Waterton, es la verdadera ave del Paraíso; vécela hender los aires con la rapidez del pensamiento; roza el semblante del viajero, y al momento desaparece para volver casi en seguida á volar de flor en flor; tan pronto parece un rubí, como un topacio, una esmeralda ó una brillante lentejuela de oro.»

Con razón puede decirse que no existe en la tierra ave de aspecto más gracioso ni de colores más vivos que estos singulares habitantes de la América; es preciso haberlos visto vivos y en su país natal para comprender hasta qué punto se mostró pródiga la Naturaleza con ellos al dotarles de belleza tanta.

Se cree que se alimentan del néctar de las flores, pero en realidad lo que en sus corolas buscan son los insectos pequeños que persiguen.

No sólo persiguen á los insectos, sino también á pájaros de gran tamaño, á quienes acometen con bravura, acribillándoles con su punzante pico é hiriéndoles muchas veces en su precipitada fuga; mas si la suerte en la lucha les es adversa, descargan su cólera arrancando y desgarrando las hojas de las flores que les sirvieron de alimento.

Tan grande como es su cólera es su amor hacia sus pequeñuelos; cuando llega el momento de fabricar su nido, con asiduidad laboriosa trae los materiales el padre, mientras que la madre con cariñoso anhelo los va utilizando.



VISTA GENERAL DE PAMPLONA

LAS CIUDADES ESPAÑOLAS. PAMPLONA

En la falda de los Pirineos, y en la margen izquierda del río Arga, está situada Pamplona, capital de Navarra é importante plaza fuerte.

El origen de esta ciudad es antiquísimo; su primitivo nombre fué Pompelón; ampliada y restaurada por el gran Pompeyo, disfrutó de las ventajas de la paz bajo la dominación romana. A principios del siglo v, de la Era cristiana, cuando la invasión de los bárbaros, siguió fiel á Roma hasta ser conquistada por Eurico en 466. Sacudió después su yugo, y en el año 542 la tomaron los reyes francos, y Leovigildo la incorporó á la Monarquía goda. Conquistáronla después los árabes, y contra ellos se alzó, poniéndose bajo el amparo del emperador Carlomagno. Tras vicisitudes varias, logró por fin consolidar su libertad y construir el núcleo de un poderoso reino.

García Iñigo Arisha afianzó el reino de Navarra, y muerto en Clavijo, tuvo por sucesores condes asturianos que, desentendiéndose del poder cristiano, se hicieron independientes.

Desde Sancho I, en 905, fué considerada Pamplona capital del nuevo reino, aumentada con nuevos barrios y nuevos pobladores, concediéndola los Reyes grandes fueros y privilegios.

La división entre sus barrios dió lugar á grandes disturbios y combates sangrientos, que no cesaron hasta las Cortes de 1423, en que se estableció un jurado encargado de dirimir con fallo inapelable toda contienda.

Tuvo gran importancia en las guerras entre agramonteses y beaumonteses, que terminaron con la sumisión al Rey Católico en Junio de 1512. Unida después á la Monarquía española, ha tomado activa parte en todos los acontecimientos que han afectado á la madre patria.

En la guerra de la Independencia fué ocupada por el general D'Armagnac, que se fingió aliado para apoderarse de ella, á traición, al día siguiente. Después de la batalla de Vitoria llegó José Bonaparte con su deshecho ejército á las puertas de la plaza, continuando poco después su retirada. A los dos meses la guarnición francesa se rindió.

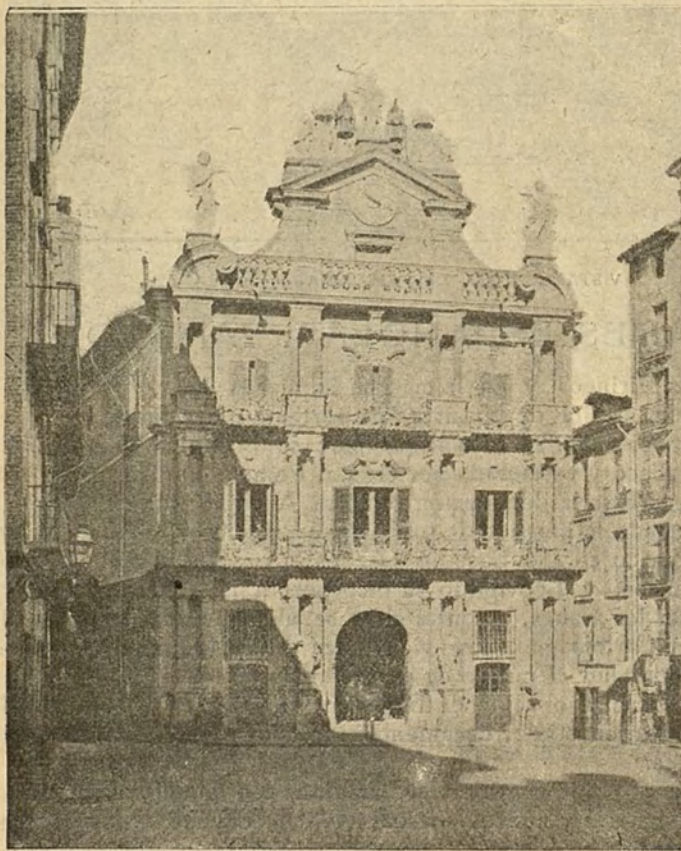
En 1823 la ocuparon nuevamente los franceses enviados á España para res-

Genbe Meruda

taurar la Monarquía absoluta, y en las dos guerras civiles ha sido esta plaza gran apoyo y sostén de las fuerzas liberales, y en sus cercanías se han librado muy importantes acciones de guerra.

Es patria de muchos hombres ilustres.

Su monumento religioso más importante es la catedral, donde se venera una imagen de la Virgen, tan antigua, que la tradición piadosa la atribuye á los



CASA CONSISTORIAL

tiempos apostólicos. Fué erigida en iglesia matriz en la época del obispo San Fermín. Es uno de los templos más correctos de España. Destruída la primitiva iglesia, fué reedificada en 1101; arruinada por un hundimiento tres siglos después, fué reconstruida por el rey Carlos el Noble. Su precioso frontispicio es de fines del siglo XVIII. Forma el centro de la fachada greco-romana un grandioso pórtico corintio de gran perfección, contrastando con las riquezas del estilo gótico que tiene por todas partes. Los únicos restos de la Basílica del siglo XII se conservan en ocho ricos capiteles de la antigua portada. El tímpano ostenta un escudo de armas, y en los extremos se elevan cuatro pedestales con las estatuas de San Fermín, San Saturnino, San Francisco Javier y San Honesto. Dos torres de 50 metros de elevación, primero cuadradas y después octógonas, terminan por ocho columnas corintias, que soportan cornisa y cúpula imperial, y que tienen en los intercolumnios 10 campanas, una de ellas de 250 quintales. En el interior tiene la figura de cruz latina, y se compone de cinco naves, cuya longitud máxima es de 65 metros por 24 de ancho. El coro, situado en el centro de la nave principal, está cerrado por hermosa verja del Renacimiento. A la entrada está el sepulcro de Carlos III de Navarra, y de su esposa Leonor de Castilla.

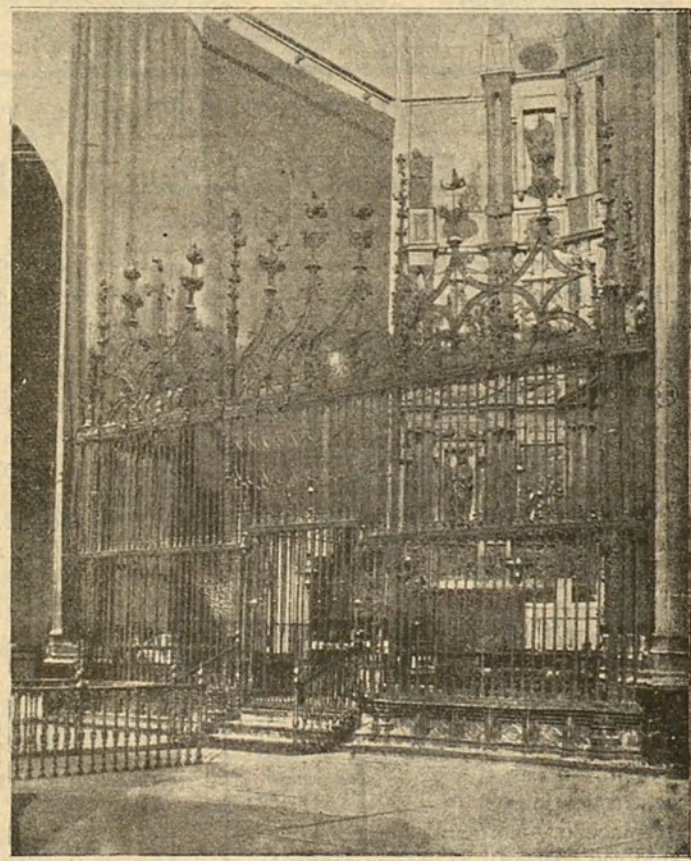


Gente Menuda

La sillería del coro está primorosamente esculpida con dos órdenes de asientos, con estatuas de santos y magnífica cornisa del Renacimiento. La capilla y el altar mayor son del estilo greco-romano. Las sacristías son espaciosas, y en la de Canónigos hay pinturas notables, así como en la sala capitular. Notable es la portada que sobre una escalera conduce á las habitaciones superiores.

La puerta que da acceso al claustro es una de las más bellas que se conservan del siglo xiv, con un grandioso tímpano, orlado con atrevida composición en relieve, representando la muerte de la Virgen, con elegantes pilares, basamentos con esculturas y gran riqueza de adornos. En el bellissimo claustro se halla el sepulcro de mármol del general Mina, el mausoleo del conde de Gages, la

tumba de Lionel de Navarra, el valioso grupo de la Adoración de los Magos, bajo un arco muy bien adornado, y la preciosa capilla gótica llamada de Barbazana. Una grandiosa portada da ingreso á la sala llamada Preciosa, porque en ella se celebraban las Cortes del reino de Navarra, y se cantaba por los canónigos el versículo *Pretiosa in conspectu tuo*. De mayor mérito es la capilla de Santa Cruz, cuya antigua verja fué forjada con las cadenas que rodeaban la tienda del emir moro en la batalla de las Navas de Tolosa.



VERJA DEL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL

La parroquia de San Saturnino, de antiquísima fábrica, encierra curiosas esculturas y una capilla dedicada á la Virgen del Camino, elevada sobre cuatro pilastras con planta de cruz griega y remate con su cimborrio.

El palacio de la Diputación provincial es de regular arquitectura, y encierra una sala ricamente decorada con los retratos de los antiguos reyes de Navarra.

La casa Ayuntamiento es un antiguo edificio de sillería, de mediana arquitectura, con un antiquísimo mosaico al pie de la escalera, y tablas con retratos de los citados Reyes en sus bellos salones, y otros recuerdos históricos.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL DESERTOR

Continuación.

ESCENA IV

DICHOS, JULIO y después MICAELA

JULIO.—(*Desde la calle.*) ¡Eh, muchachos!

JUAN.—Ahí está el sargento, veréis un buen mozo.

JULIO.—(*Entrando.*) ¡Ave María!

MARCELO.—Dios le guarde.

JULIO.—(*Aparte á Juan.*) ¿No has dicho nada?

JUAN.—(*Lo mismo a Julio.*) Ni pabra.

JULIO.—¿Pero qué diablos esperáis? No hay señales de comida en esta casa?

MARCELO.—Dispensad, señor sargento. Mi mujer ha ido á comprar...

JULIO.—¿Tan desprovista estaba vuestra despensa?

MARCELO.—(*Mirando siempre al sargento con tristeza.*) Sí, señor sargento.

JULIO.—Pero acabaremos por comer, ¿eh?

MARCELO.—Sí, señor sargento.

JULIO.—¿Pero qué me miráis con tanta fijeza? ¿Me vais á retratar? ¿No habéis visto nunca un sargento?

MARCELO.—Perdonad; es que da una casualidad..

JUAN.—¡Otra casualidad!

MARCELO.—Da la casualidad de que no sólo os llamáis como un hijo mío, sino que así, al pronto, hasta os parecéis.

JULIO.—¿Y qué es ese mozo?

MARCELO.—Es soldado.

JULIO.—Pues yo no lo soy.

MARCELO.—Ya lo veo, señor sargento. Perdonad.

JULIO.—¡Bah, no es para tanto!

MICAELA.—(*Entrando.*) Ya están aquí las provisiones. (*Repara en Julio, y al saludarle respetuosamente, da un grito.*) ¡Ay!

JUAN.—¿Qué es eso, patrona? ¿Qué impresionable es esta gente!

JULIO.—¿Qué? ¿Qué hay?

MICAELA.—¡Hasta la voz!

MARCELO.—¿Verdad que sí?

JULIO.—¡Otra vez el parecido!

MICAELA.—(*Se le acerca, le mira fijamente, y conmovidísima, le pone las manos en los hombros y le dice medio llorando.*) Señor sargento, ¿estáis seguro de no ser el hijo de mis entrañas?

JULIO.—(*Se abraza á Micaela.*) ¡Madre mía!

MICAELA.—(*Con locura.*) ¡Es él, mi hijo, mi hijo!



Gente Menuda

MARCELO.—(Absorto.) Dios mío, ¿es posible?

JUAN.—(Empujándole hacia el grupo.) ¡Ande su merced, que es el propio Julio Vázquez!

MARCELO.—¡Hijo mío! (Se abrazan los tres.)

JUAN.—(A Julio.) ¿Lo estás viendo, Julito? Como yo te lo dije. Tu padre dudará; pero tu madre te conoce, no digo yo de sargento... aunque te presentaras de obispo.

MARCELO.—¡Sargento!

MICAELA.—¡Mi hijo sargento!

JULIO.—Sí, padres míos, la fortuna no parece que me vuelve la cara.

MARCELO.—Dichoso tú.

JULIO.—¿Qué? ¿Vosotros no estáis bien?

MICAELA.—Muy mal, hijo mío.

MARCELO.—En la miseria.

JULIO.—¡En la miseria!

JUAN.—(A Canuto.) Galán, aquí estamos estorbando. Esta gente tiene que hablar de sus cosas. Ven á ayudarme á guisar.

CANUTITO.—¡Yo!

JUAN.—Te nombro primer pinche de cámara. ¡Hala para adentro! (Se lo lleva á empellones.)

ESCENA V

MICAELA, JULIO y MARCELO

JULIO.—¿Pero cómo habéis llegado á esta situación?

MARCELO.—Por una enfermedad que me tuvo imposibilitado en los años de mala cosecha...

MICAELA.—Y por el hribón de don Judas, el apoderado del señor conde.

MARCELO.—¡Exageras, mujer!

MICAELA.—No exagero, marido. El te hizo trampas para que fueras al servicio en vez de otro.

JULIO.—¡Bah! Las madres siempre creen que á sus hijos les han hecho trampas

MARCELO.—Eso la digo yo.

MICAELA.—Y yo digo que lo sé de buena tinta, porque el mismo

Celedonio, que Dios haya perdonado, lo confesó en la hora de la muerte.

JULIO.—¡El secretario!

MICAELA.—El secretario. Bien clarito lo dijo.

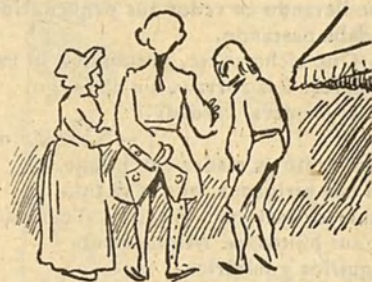
JULIO.—¡Quién sabe! Después de todo, puede que haya sido una suerte para mí.

MICAELA.—Y una desgracia para nosotros.

JULIO.—Tienes razón; si yo hubiera estado al lado vuestro trabajando... Es uno egoísta.

MARCELO.—No, hijo mío, ya nos arreglaremos.

MICAELA.—No mientas, Marcelo. Hay que decir la verdad por amarga que sea. Si dentro de tres días no pa-



gamos á D. Judas lo que le debemos de la casa, nos plantan en la calle. Ya nos lo ha dicho.

JULIO.—¡Dios de Dios! ¿Y le debéis mucho?

MARCELO.—Con los préstamos que nos ha hecho para sembrar, y los réditos... vienen á ser unos 60 escudos.

JULIO.—Yo os daría todo lo que tengo, pero no pasa de 15.

MICAELA.—No bastan, y además que tú los necesitas, hijo mío, rodando como vas por esos mundos.

JULIO.—¡Qué situación!

MICAELA.—¡A qué ocultarlo! Dentro de poco nuestra única esperanza será... la caridad. Viviremos del pedazo de pan que nos den las buenas almas.

MARCELO.—Yo no podré hacer mucho; pero me pondré á trabajar á jornal y cuando haya trabajo.



LA MADRE, EL NIÑO Y LAS SARIGUEYAS

(FÁBULA DE FLORIÁN)

Un niño peruano, á quien tenía su madre cariñosa entre sus brazos, vió salir de un espeso bosquecillo á un animal extraño, que llevando en redor sus pequeñuelos andaba paseando.

—¿Qué bicho es ese, pregunto a su madre, se parece á la zorra y, sin embargo, no es la zorra, verdad?

—No, niño mío— le contestó su madre con halago.—

Es una sarigueya, que es el tipo del amor maternal. Siempre al cuidado de sus hijitos va. Mírala atenta seguirlos y mirarlos para acudir á escape si un peligro los amenaza. Al maternal cuidado de este animal dotó Naturaleza de un auxiliar precioso. ¿Ves un saco que tiene el animal junto al estómago?

—¿Una especie de bolsa?

—Es el amparo de sus hijos en caso de peligro.

—¿Se guarecen allí?

—Verás el caso: asústalos con un ruido cualquiera. Y el muchacho hizo ruido con las manos. Apenas escucharon las palmadas, la madre lanzó un grito, y asustados corrieron á juntarse con su madre, en su seno buscando la bolsa protectora, y se metieron en ella, y allí ocultos se quedaron. La sarigueya entonces, muy ligera, salió corriendo por aquellos campos.

—¿Has visto ya, hijo mío, qué fácilmente consiguió salvarlos? ¿Has visto qué obedientes á su voz acudieron en el acto?

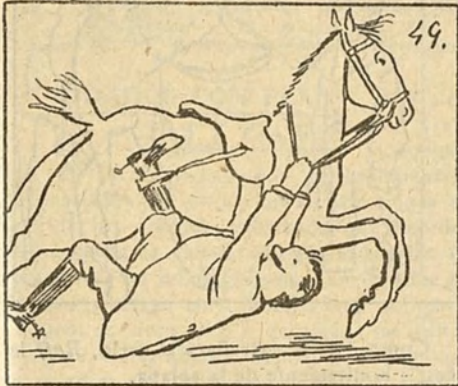


Pues ten presente el saludable ejemplo de este animal extraño.

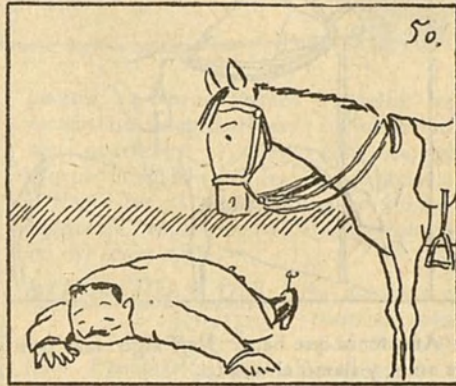
Si alguna vez te ves en un peligro, busca tu salvación en mi regazo.

UN GRAN «SPORTSMAN»

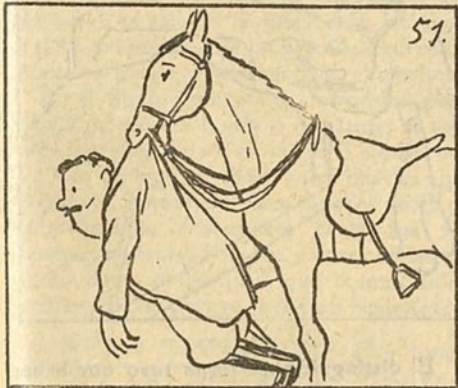
CONCLUSIÓN



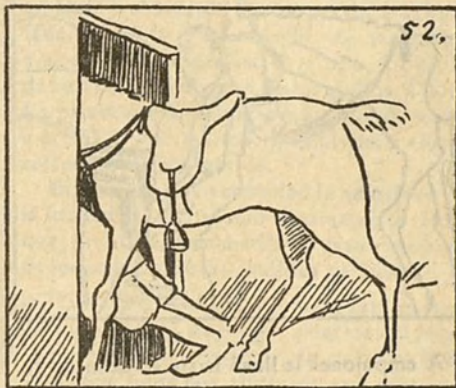
Pero el estado de Her Karl no era el más á propósito para aquellos trotes, y cayó...



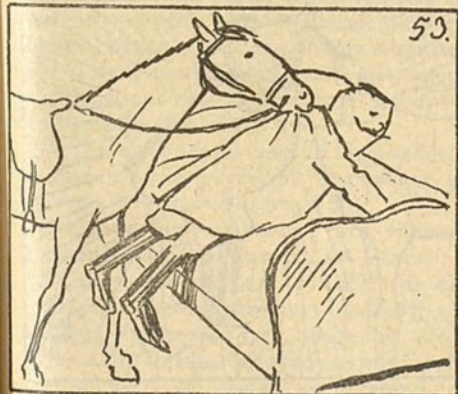
En muy poco estuvo que aquella caída no costara muy cara al distinguido y bebido sportsman.



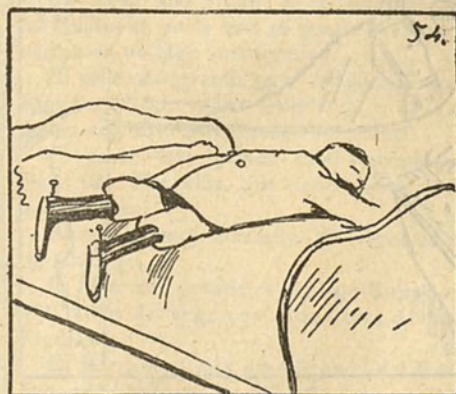
El noble Raff estaba en todo, como suele decirse, y le cogió por el cuello del chaquet.



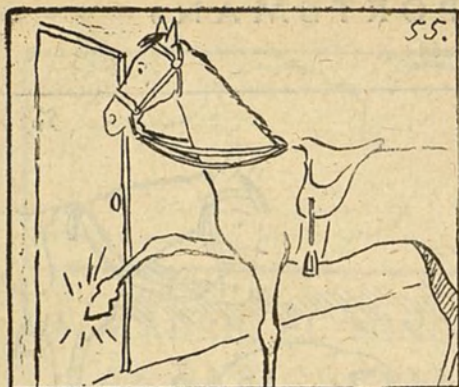
De esta suerte le llevó á su domicilio, en el que penetró como Pedro por su casa.



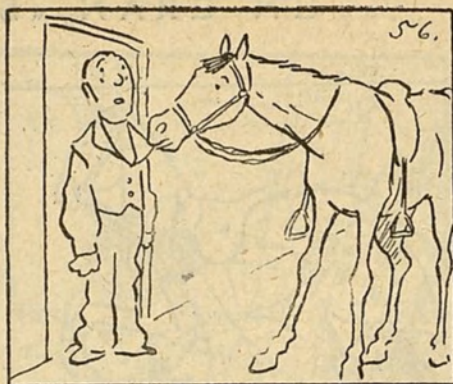
Con el mayor cuidado acostó en el lecho á su inanimado dueño.



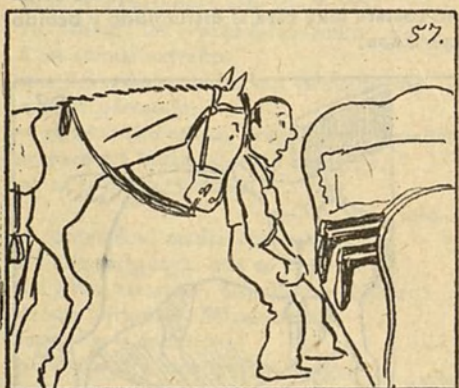
Allí lo dejó en reposo del que estaba tan necesitado, y salió despacito.



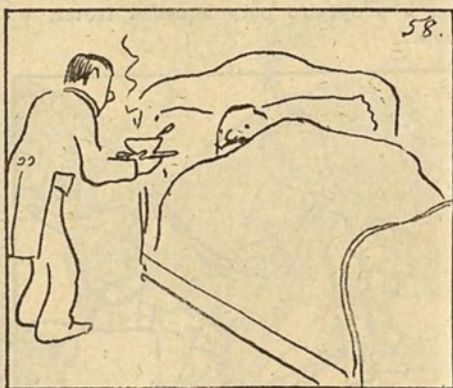
Aún tenía que hacer Raff algo más por su amo, y llamó al criado.



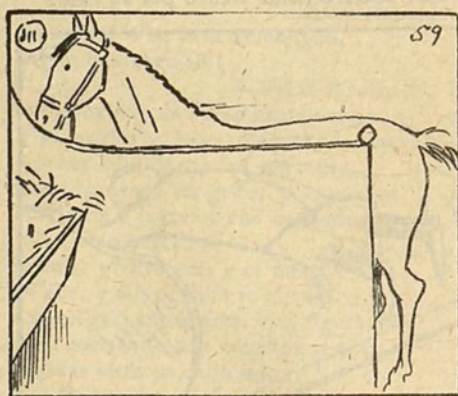
Como éste se extrañara al verlo, Raff le cogió bonitamente de la solapa.



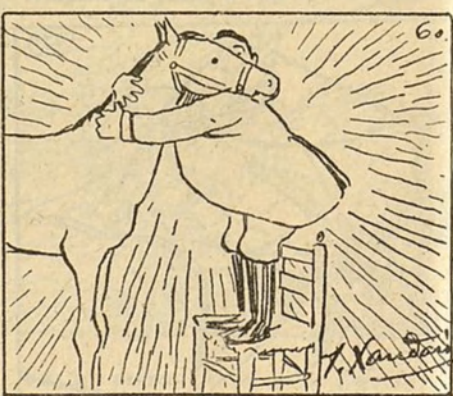
A empujones le llevó hasta el lecho de su amo para que se enterara de lo que ocurría.



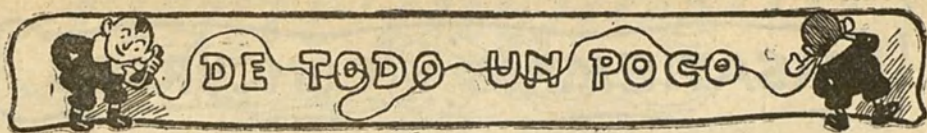
El distinguido sportsman tuvo que beber cosas desagradables en vez de cerveza.



El hecho noble y generoso del bruto le dejó tranquilo y satisfecho.



Al día siguiente, su amo, agradecido, abrazó conmovidísimo a su corcel.



CUIDADOS CON PLAN- TAS Y FLORES

Para ale-
jar las
hormigas
de los jardines hay qos procedimientos aconsejados por un agricultor. Se coloca al pie de los árboles infestados una botella llena hasta la mitad de agua azucarada ó enmelada; las hormigas, muy aficionadas al dulce, penetran en la botella y se ahogan. O bien se rodea al pie del árbol un anillo de lana, en vendijas ó copos, y se dispone alrededor del árbol un haz de paja empapada en una solución de áloe.

Para conservar los colores naturales de las flores y de las plantas, se disuelve una parte de ácido salicílico en 600 partes de alcohol y se calienta la disolución en una vasija á propósito, con las precauciones convenientes para que no se inflame el alcohol.

En el líquido caliente se introduce por breves momentos la flor ó la planta, se sacude después para que caiga el exceso de líquido, y luego se coloca entre papeles absorbentes, renovando éstos algunas veces y comprimiendo suavemente hasta que se deseque la planta. Para los colores violados de las flores es necesario que la inmersión sea muy breve, porque se alteran fácilmente.

REYES Y EMPERADO- RES ROMANOS

Fué Roma
Monar-
quía du-
rante doscientos cuarenta y cuatro años y tuvo en este tiempo siete reyes; fué República cuatrocientos setenta y ocho; duró el Imperio, desde la proclamación de Augusto hasta la de Odoacro, quinientos seis, cuyo total compone una existencia de mil doscientos veintiocho años.

De los siete reyes, uno fué legislador, dos esencialmente guerreros, tres buenos, y el último, tirano, fué destronado.

Murieron tres asesinados, otro víctima de un rayo, y los restantes en sus lechos.

De los 73 emperadores, 18 espiraron de enfermedad natural, vejez y disgustos; 19 murieron asesinados; tres, ahogados; uno, envenenado; cuatro, degollados; uno, por mano del verdugo; cuatro, en el campo de batalla; otro, desollado; otro, de la caída de un caballo; otro se suicidó.

15 de ellos gobernaron con arreglo á

justicia; 14 fueron tiranos y crueles; tres, esencialmente legisladores; 11, conquistadores y guerreros; 11, débiles é inútiles; tres, usurpadores. El resto dejó escasa memoria.

Entre los 73 emperadores se cuenta á Pulqueria, esposa de Marciano, digno rival del feroz Atila.

VELOCIDAD DEL SONIDO

En distintas as-
censionés aeros-
táticas ha hecho
Mr. Fjammarrion las observaciones si-
guientes:

El silbido de una locomotora se oye á 300 metros de altura. El ruido de un convoy de ferrocarril, á 2.500. El disparo de un fusil y el ladrido de un perro, á 1.800. Una orquesta y un redoble de tambor, á 1.400. La voz humana, á 1.000. El canto de las ranas, á 900, y el de los grillos, á 800. La palabra se entiende claramente de abajo á arriba, á 500 metros, y de arriba á abajo, solamente á cien metros.

El primero que determinó la velocidad de la luz fué el astrónomo dinamarqués Roemer, en 1675, por medio de observaciones de los eclipses de los satélites de Júpiter.

CURIOSIDADES GEOGRAFICAS

La más grande
catarata del mun-
do es la del Niá-
gara, que tiene una altura de 170 pies.

El río más grande y caudaloso es el de las Amazonas.

La cueva más grande es la Mastodonte, en Hentucki, en la cual se puede navegar y pescar en un lago subterráneo.

El valle más grande es el Mississipi, que contiene 5.000 millas cuadradas, y es una de las regiones más fértiles del globo.

El paseo más grande es el Fairmount-Park, de Filadelfia, que tiene una área de 2.900 acres.

El más grande mercado de trigos es el de Chicago.

El lago más grande es el Lago Superior, 430 millas de largo con 1.000 pies de profundidad.

El ferrocarril más grande es el del Pacífico, que tiene una longitud de 3.000 millas.

El puente natural más grande es el de Cedar Creek, en Virginia; tiene de alto 250 pies y 80 de ancho.

PASATIEMPOS Y CONCURSOS

FUGA DE VOCALES

G.l.r. l. m. g.l.r.
 D..s t. m. g..rd. d. m.l
 d. l.s p.l.gr.s d.l m.nd.
 s.br. l.s .g..s d.l m.r

ADIVINANZA POPULAR

¿Qué es, qué es,
 que te da en la cara
 y no lo ves?

CHIRIGOTA ARITMETICA

7 7 7 7

Plantear con estos cuatro setes (y los signos convenientes) una operación cuyo resultado sea la unidad.

CHARADAS

Tres-segunda.

Es una ciudad de Rusia
 donde pasan el verano
tercia-cuatro, prima-cuarto
 y *primera-dos-tres-cuatro.*

Tercia-cuatro.

Es una rubia preciosa
 tan graciosa y tan salada
 que, con ella comparada,
 el agua del mar es sosa.

Prima-cuarto.

Hermana de la anterior;
 es la más fea mujer
 que he podido conocer;
 sólo el verla causa horror.

Todo.

Señora de cuarenta años,
 es viuda de un militar
 y mamá de las dos jóvenes
 que acabamos de citar.

Sin *todo*, y sólo por buscar quimeras,
prima primera-dos en dos-tercera.

Prima es letra;

letra es dos;
tres es letra,
y cuarta no.

Prima quisiera la todo,
 porque tiene allá en la guerra
 un primo, que no quisiera
 que muriese de ese modo.

PROBLEMA ARITMETICO

.

Substituir los puntos por los números del 1 al 25, ambos inclusive, de modo que, sigase cualquiera dirección, la suma de los números sea igual.

JUEGO DE LETRAS

Búsquense cuatro letras y, según se combinan, resultará: 1.º, grupo de flores; 2.º, pasión; 3.º, en Marruecos, y 4.º, ciudad.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

Al problema aritmético:

$$\begin{array}{r} 17 + 1 = 18 \\ 20 - 2 = 18 \\ 6 \times 3 = 18 \\ \hline 72 : 4 = 18 \end{array}$$

115

A la adivinanza popular: La baraja.

Al doble acróstico:

I M A N
 S A N S
 A R P A
 B O N A
 E T E R
 L O I A

A la tarjeta anagrama: 1.ª combinación: Margaritas.—Coliflores.—2.ª: Licor.—Flora.—Gemir.—Asta.—3.ª: Flor.—Gris.—Meco.—Gata.—Liso.

Al concierto de soberanos:

RECAREDO
 TULGA
 ALARICO
 LIUVA
 AMALARICO
 FAVILA
 PELAYO

A las charadas: 1.ª Ocasión.—2.ª Consejo.